

San José, Costa Rica

1926

Lunes 15 de Marzo

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Una carta de Lugones.*—*Discurso de Alcides Arguedas.*—*Crepuscular*, por Clara Diana.—*Noticia de Libros*, por Arturo Torres Rioseco.—*Un semanario como el Rep. Am. se hará en Chile*, por H. Mendoza Bañados.—*Una conversación con Georges Duhamel*, por Francisco García Calderón.—*La Iglesia del Carmen*, por Helia Dittel.—*Georges Duhamel*, por Alberto Ureta.—*Emilio Gutiérrez-Emelia Lovo*, por A. H. Pallais.—*Contra el texto único*, por Gabriel Alomar.—*Sobre la instrucción superior*, por Enrique José Varona.

Moralmente hablando, civilización se define por tolerancia

Buenos Aires, enero 24 de 1926.

Sr. D. Joaquín García Monge.

Mi querido amigo:

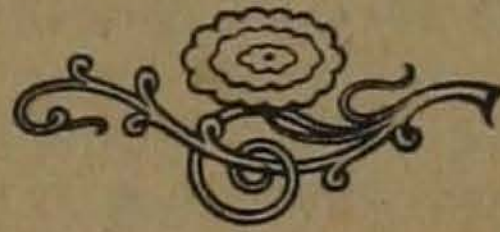
Aplaudo sin reservas la exhortación con que acompaña Ud. mi carta a Brenes Mesén, estrictamente defensiva, por lo demás. Tengo por norma, en la materia, no atacar jamás a las personas, cualesquiera que sean su posición y sus opiniones; ya que, moralmente hablando, *civilización* se define por *tolerancia*. Tampoco me defiendo, sino en casos de inevitable excepción, y muy a mi pesar, aunque sea siempre el agredido. Pues creo como Ud. que estas controversias son verdaderos actos de guerra civil, o, más propiamente, de mal americanismo. Todo ataque personal por diferencias de opinión es, además, un atentado; ya lo consumen, en la ocasión, el petardo verbal o el químico.

Las ideas sociales o políticas, no son cosa personal; de suerte que, en controvertirlas, no hay ofensa para nadie. El que se dá, entonces, por ofendido, es un fanático.

Ratifico, pues, bajo palabra de honor, mi propósito de no atacar personalmente, sin ser atacado. Y como esto es corresponder, me parece, a su noble exhortación, lo invito a proponer en su REPERTORIO la adopción de igual conducta explícita a todos los escritores americanos.

En el muy deplorable incidente de Chocano y Elmore, conviene recordar, para ser justo, que el primero, atacado personalmente por Vasconcelos, sin motivo personal, respondió de igual modo. Era, pues, asunto que no admitía la ingerencia de tercero, sin adopción gratuita de la agresión y sus consecuencias. Esto es elemen-

Una carta de Lugones



tal entre hombres de honor, y acarrea, siempre, los mismos tristes resultados. Saquemos la lección pertinente, con serena imparcialidad; porque, si ha desaparecido una vida apreciable y digna de cariño y respeto, queda otra que los merece igualmente. No hagamos con esto sensiblería ni política.

A propósito, y como el número anterior del REPERTORIO, que he recibido a un tiempo, publica tres cartas de aquel malogrado amigo, en las cuales hay apreciaciones sobre mi país que conceptúo inexactas, permítame, también, rectificarlas brevemente.

Nadie cree acá, y menos por orgullo, en «la posibilidad de una hegemonía política», ni de ninguna otra especie. No soñamos, siquiera, semejante insensatez. Testigos Bolivia, el Paraguay y el Uruguay, tan respetados por nosotros como cualquier gran potencia, y bajo las mayores simpatía y concordia.

«La morigeradora preponderancia de los elementos extranjeros» en nuestra vida política, tampoco existe, ni como suposición. Los extranjeros no tienen ni pretenden ingerencia alguna en nuestras instituciones de ese carácter, si se exceptúa uno que otro comunista, más vocinglero que eficaz.

En todo caso, pues, la acción extranjera estaría lejos de ser morigeradora; y el socialismo que la pro-

pala, sin mucho éxito tampoco, es una doctrina sin trascendencia nacional. Somos quizá, el país más nacionalista del Continente; y más de un rudo escarmiento lo ha probado así a los extranjeros ingratos o desconformes.

Los escritores no hacemos acá política, por pesimismo ante los resultados fatales del sufragio universal. Hubo, hace algún tiempo, un conato de imitación colaboratoria entre estudiantes y obreros; mas, nunca pasó de ahí. La democracia es, acá, un fracaso completo. Representa cuanto hay de más atrasado, estéril y nocivo en la formación social de la República. Ostenta la más cínica inmoralidad, y no es, en el fondo, sino una empresa de pillaje.

Pero, el país es muy rico, y prefiere, como en los Estados Unidos, su tranquilidad, a la extirpación de la plaga. Por esto, acá como allá, *político* es palabra sospechosa. Va eso a las «ganancias y pérdidas» de la nación, y la fórmula corriente es esta expresión risueña de la fatalidad: «Hay que dejarlos robar un poco...»

Cuando se excedan, los echarán como en todas partes.

Por último, y ya que hablamos de los Estados Unidos, no existe acá la menor preocupación ni malquerencia respecto a ellos. Por el contrario, los admiramos mucho, y miramos con simpatía su prosperidad. Pretendemos, con no escasa complacencia, parecer algo a aquella gran nación; y nada nos satisfaría más que llegar a ser otros Estados Unidos. Por supuesto que como expresión de potencia.

La preocupación hispano-americana e indo-americana, como dicen otros, es puro *dilettantismo*. Carece de importancia intelectual y material. La

verdad es que no somos ni queremos ser más, que argentinos, Exclusivamente. Y después, cuando más, colectividad latina. Así van determinándolo con progresiva decisión, la concurrencia italiana y la cultura francesa, de injerto viable en la cepa española. Es fenómeno de sencilla observación. Lo demás, lo digerimos en ese tipo ya orgánico, sin ninguna dificultad.

El argentino es poco generalizador, y carece por lo tanto, de preocupaciones continentales. Más próspero cada día, tórnase, naturalmente, conservador; y sabido es que las repúblicas agrícolas y ganaderas, fueron, siempre, vigorosamente patriotas.

No hay que soñar, pues, acá, con desmesuras ideológicas de carácter comunista o ecuménico. Quien llegue acá buscando otra cosa que prosperidad física y moral lograda con el trabajo, viene a desengaño seguro. Esta es nuestra sencilla y fuerte verdad.

Soy siempre su amigo affmo.

LEOPOLDO LUGONES

No está el Editor del Rep. Am. autorizado para dar al público las líneas que siguen, que son parte de una carta privada. Sin embargo, ¡son tan nobles y oportunas! y las dicta el corazón de uno de los varones ejemplares de nuestra América, que no hemos resistido al deseo de transcribirlas. Por lo demás, se unen a las anteriores del insigne Lugones. Creo que otras voces autorizadas se alzarán y con ello, tal vez se llegue a la adopción de un trato cordial entre los escritores de América.

(Desde Madrid)

Mi amigo queridísimo:

No puedo más con este silencio de dos años. Ud. periódicamente me lo reprocha con la llegada de su REPERTORIO, tan noble, tan puro siempre, tan útil, tan generoso... El último me ha conmovido especialmente. Al pie de la carta de Lugones hay una nota de Ud. que es todo un programa intelectual y ético. Anoche la comentaba con el excelente amigo y casi paisano¹ Eugenio d'Ors. Me dijo que nada mejor podía hacer en este caso tristísimo quien era como el Secretario de Estado de la Literatura Americana. (Un Secretario de Estado que va por todas partes con su grito dantesco: *pace, pace, pace*).

Qué triste ha sido todo esto que

1. Su madre era de Manzanillo. El glossador habla siempre de su *cubanismo*. Y como me llama paisano, a mí me toman por catalán.

ha pasado, mi buen amigo. Yo he convivido algunas semanas en Madrid y en Andalucía con José Vasconcelos y me ha parecido uno de los hombres más buenos, más sencillos, más animados por la fe apostólica que hay sobre la tierra. Me separan de él abismos (él pasa por una crisis anticatólica y yo soy católico práctico, terciario franciscano) y no pude tratarle dos días seguidos sin sentir por él un hondo afecto. Hay una sinceridad tan grande en él, hay una convicción tan entrañable, hay una verdad que parece definitiva en todas sus cosas, que uno se siente subyugado por este hombre, que es caudillo y maestro sin que haya en él una jactancia heroica ni un alarde magistral. En Madrid vivía pobremente. El que fué Ministro en México pasaba sus días en la corte española en una pulcra pensión de 7 pesetas. (Aunque siempre se diga lo contrario pueden encontrarse en Madrid pulcras pensiones de siete pesetas).

Entre los estudiantes de la Universidad, parecía un estudiante. Por Sevilla pasó sin que casi nadie lo supiera. Hicimos juntos un viaje a Huelva (la Rábida, Palos, inevitables discursos raciales...) En el viaje aprendí de él estas dos verdades: no hay climas, no hay enfermedades. Así pude hacer mi excursión de mediodía, en el mes de julio, a la Rábi-

da sin que me congestionase el calor. Y con esta convicción, plena ya, emprendo ahora en invierno mi peregrinación por los archivos españoles...

Algún día escribiré algo sobre Vasconcelos y se lo enviaré a Ud. Ahora no, porque no quiero aprovechar una actualidad deplorable. Lo que sí quiero decirle que todo ataque moral a ese gran hombre de América es una obra injusta. Una gran injusticia que daña a nuestra América.

Hay otro fragmento en la carta de nuestro querido Chacón y Calvo, que debe ser conocido por nuestros amigos y lectores de Centro América. Dice así:

JOSÉ MARÍA CHACÓN Y CALVO

«¿Qué podría hacerse para relacionar a nuestros *folkloristas* con los de Centro América? Ud. el hombre de la unión sagrada, ¿quiere ayudarme en esta empresa?»

Por el momento damos a los folkloristas de Centro América estas dos direcciones:

José María Chacón y Calvo
General Pardiñas, 32
Madrid. España.

Archivos del Folklore Cubano
San Ignacio, 40.
Habana, Cuba.

Discurso

pronunciado en el primer banquete
de escritores sudamericanos residentes en París

Mis queridos amigos:

Cuando uno de nuestros compañeros me sometió la idea de reunir en una comida mensual a los escritores hispanoamericanos residentes en París y ligados por vínculos de sólida amistad, de recíproco aprecio o de mutua simpatía, fui de los primeros en alabar la feliz iniciativa con frase cálida de entusiasmo; pero cuando ese mismo amigo, el sin par Pena, me dijo en otra oportunidad que cada una de nuestras comidas había de ser presidida por uno de nosotros, en orden alfabético, sentí decaer todo mi entusiasmo y nacer en mí una especie de aversión por la primera letra del alfabeto que me colocaba en el caso de tener que inaugurar estas comidillas, no precisamente por el hecho de inaugurarlas, acontecimiento memorable y digno de figurar con fuertes caracteres en la mejor página de mi vida, sino porque al presidente circunstancial se le encomendó, a trueque del honor, la tarea de leer algunas cuartillas inéditas.

La notificación, francamente, me dejó turbado, inquieto y hasta irritado. ¡Lecturas queremos, eh? — me dije. ¡Pues lecturas hemos de tener!...

Y, vengativo, rencoroso, concebí la idea poco cristiana de coger uno de los capítulos inéditos de mi cuarto volumen de Historia boliviana, el más nutrido, y plantarme aquí con mi legajo y volcar sobre la cabeza de ustedes, impasible, toda la bilis de mi prosa descosida, por el espacio de dos horas, firmemente resuelto a provocar un escándalo o quitarles por siempre el antojo de lecturas inéditas.

Y pensaba al mismo tiempo:

—Decididamente mis colegas han olvidado la anécdota colgada a nuestros amigos colombianos. Cuando en Colombia se encuentran dos escritores, después del saludo, o creo que antes, echan la mano al bolsillo de la cartera y se amenazan:—«Si me lees, te leo!»...

Y no hay quien lea.

Nosotros queremos proceder de un

modo opuesto. Decimos: «leamos, para que te leamos»...

Y en el fondo de este requerimiento al parecer amistoso, me parece a mí descubrir la diabólica intención de señalar un término muy corto a nuestras reuniones.

Porque no hay nada tan pesado e indigesto como las lecturas entre gentes de letras.

Y se explica.

Los escritores no producen para leerse entre escritores. Escriben, creo yo, para matar el tiempo, a veces largo y monótono, y algunos tienen la presunción o el empeño de dirigirse a los demás con el objeto de enseñarles, recordarles, educarles, divertirles o distraerles. En otras partes los escritores escriben también, y muy particularmente, para ganar dinero y enriquecerse. Pero esto último, bien lo sabemos, no cuenta con nosotros, los pobres escritores de la América hispana, pues yo no conozco uno solo que haya hecho fortuna con su pluma.

Y voy más lejos todavía, en otro orden de ideas.

Cuando los escritores y estudiosos discuten de cosas literarias o artísticas en nuestra América, creo que emplean un lenguaje de una técnica especial que escapa a la comprensión de los ochenta millones de habitantes que pueblan esas nuestras repúblicas.

Mi creencia se basa en un cálculo numérico elemental y en un razonamiento simple, deducción lógica del cálculo.

Bélgica, me digo, tiene siete u ocho millones de habitantes. En Bélgica han vivido, viven de su pluma o de su arte Constantin Meunier, Camille Lemonnier, Ivan Gilkin, Albert Mockel, Emile Verhaeren, Maurice Maeterlinck y otros.

Quiere decir que en Bélgica el arte y la literatura son una verdadera necesidad social que responde a su cultura, a sus preferencias intelectuales, a su educación y, sobre todo, a su pasado de incesante agitación espiritual.

Evoquemos ahora los nombres, constantemente asociados, de dos de nuestros grandes amigos de ayer: Rubén y Rodó. A ambos los conocimos todos nosotros, o casi todos, y bien podemos atestiguar que nunca les vimos nadar en la abundancia; al contrario...

Lo que prueba simplemente que nuestros ochenta millones de hispanoamericanos o no saben leer, lo que es malo, o, si leen desdeñan a sus propios escritores, lo que es terrible para nosotros.

Lo interesante ahora, aceptado esto último como mera concesión al alfabetismo continental, aun no comprobado, sería averiguar por qué nos desdeñan. ¿Es que no sabremos res-

ponder a lo íntimo de sus preocupaciones, es decir, interpretar sus anhelos, sus gustos, sus ideales? ¿Es que será deficiente el instrumento de que nos servimos, es decir, nuestra pluma para reproducir la tonalidad de nuestros paisajes, el ambiente moral de nuestra vida? ¿Será corto el aliento de nuestra inspiración poética? ¿No sabremos crear tipos que respondan a nuestra concepción ideal del hombre o no podremos independizarnos todavía de la sugestión que ejerce en nosotros esta vieja cultura europea? ¿O no será, después de todo, sino simple pereza mental de nuestras gentes que a la inteligente disciplina de la lectura prefieren la agitación de los deportes o la holganza de no hacer nada...?

No sé y renuncio a la tarea de averiguarlo, pues sólo me limito a constatar un hecho positivo. Y este hecho, repito, es desolador para nosotros.

América no lee a sus escritores, porque si leyera las ediciones de nuestros libros se harían por cientos de miles de ejemplares y muchos de los más leídos de nuestros compañeros estarían a estas horas haciéndonos escuchar en la puerta el jadeo impresionante de sus Row Rolls, de sus Renault o de sus Hispano-Suizos, siendo así que los más hemos venido en el subterráneo o en tranvía...

Y ahora que digo esto, se me ocurre pensar que la idea de la lectura inédita en estas reuniones, obedece al oculto deseo de encontrar una o dos docenas de jueces hábiles que con su propaganda hablada y escrita aumenten el número de nuestros contactados lectores...

No condeno la intención, si ha sido esa. Más todavía, la aplaudo. Pero como no es bueno correr el manto con que cubrimos nuestra desnudez, digamos más bien que es el placer de iniciar a los amigos en el secreto de nuestra obra lo que nos ha empujado a exigir estas lecturas.

Mas no olvidemos que los mejores placeres son los más cortos. Uno hay, grande, aquel por el que la humanidad se perpetúa en medio de combates, de triunfos y de derrotas, de fracasos y de éxitos, que dura poco. Apenas algunos minutos...

La lectura también es una sensualidad. Y es prudente no abusar de ella.

Por lo mismo, propongo una condición. Que ningún lector nos exija más de diez minutos de atención. Un cuarto de hora, a lo sumo. Si un lector pasa un solo segundo de sus quince minutos cronométricamente controlados, propongo que se le multe haciéndole pagar, a él solo, la comida del mes siguiente...

ALCIDES ARGUEDAS

Paris, Enero 12 de 1926.

Señor D. J. García Monge

Apartado 533

San José de Costa Rica.

Estimado amigo:

Si le interesan las cuartillas que le incluyo, puede usted publicarlas en el REPERTORIO. Son inéditas.

En ellas, con aire zumbón, se plantea un problema fundamental para los escritores americanos de lengua castellana: ¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros? ¿No lee el público o no le interesan sus escritores? Y si no le interesan, ¿cuáles son las lecturas o los autores que prefiere?

Yo creo que con estas o parecidas interrogaciones se puede hacer una encuesta. Y nadie mejor que usted para llevarla a cabo en el REPERTORIO.

Piense en ello y mande a su amigo.

A. ARGUEDAS

31, Rue Cyprien-Borignon
Couilly, (Seine & Marne) FRANCE.

Concurrieron a la primera comida de escritores sudamericanos: Jose Vasconcelos, Alfonso Reyes, Gonzalo Zaldumbide, Leonardo Pena, Hugo Barbagelata, Miguel Santiago Valencia, Arturo Pinto Escalier, A. Melian Lafinur, Max Daireaux, Luis López de Mesa y Alcides Arguedas. Se excusaron los dos García Calderón y Zérega Fombona.

Cuestionario que plantea el "Rep. Am." a los escritores de América

Así podría quedar formulada la posible e interesante encuesta de que nos habla nuestro distinguido amigo el Sr. Arguedas, en la carta anterior:

1ª—¿Por qué no se hacen grandes ediciones de sus libros?

2ª—¿No lee el público hispano-americano, o no le interesan sus escritores?

3ª—En caso de que no le interesen, ¿cuáles son las lecturas, o los autores que tal público prefiere?

Privadamente iremos pidiendo a los buenos escritores de América que consideren este interrogatorio y que tengan la bondad de contestarlo.

Revista Bimestre Cubana

Publicación Enciclopédica

Editada por la

SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

Director:

FERNANDO ORTIZ

Suscripción anual: \$ 3.00

HABANA, CUBA



¿Qué hora es?...

=Sección destinada a los encargados de la enseñanza pública en escuelas y colegios.=

Contra el texto único

Hoy he de hablar como ciudadano y como profesor. No es posible que deje pasar sin protesta ese anuncio reiterado de que se va a imponer oficialmente un texto único para la segunda enseñanza, ministerio al cual pertenezco, para honra mía, y en el cual reside, más que en otro alguno, la base de la educación nacional.

El establecimiento del texto único sería la negación misma del sentido formativo de una cultura. Sería también la anulación de la dignidad del profesor. Precisamente, el mayor defecto de la enseñanza secundaria estriba en la existencia de libros de texto. Esos libros fueron legalmente suprimidos; pero se les restableció de hecho, por una adaptación forzosa a la inadecuada preparación escolar de los alumnos, inhábiles para absorber su alimento espiritual en un libre, alado y fecundo coloquio con el profesor. El defecto radical de nuestra enseñanza consiste en que no ha salido todavía de su antigua forma *estática* para entrar en la *dinámica*, que debería ser actividad mutua entre profesor y discípulos, por la cual éstos descubrieran por sí mismos el caudal secreto de su respectiva potencia espiritual, y se encaminaran por su ruta interior a la rebusca de los continentes ignotos. El alumno debe *inventar* su propia alma. El profesor no es más que el piloto de esa nave. Guárdese bien de inscribir el *non plus ultra* sobre ninguna vía. Ninguna ciencia es término; todas son camino.

El texto único traería la muerte de nuestra cultura. Cegaría sus fuentes con un bloque de granito. Todo texto es malo, por ser *texto*, lo cual implica idea de permanencia invariable, firme, con la trabazón del *tejido*. Pero el texto único sería un oficialismo literario, que se encargaría de cuajar en dogma el valor consagrado por las tradiciones académicas. El argumento de autoridad, que ha ido castrando durante siglos los criterios, querría exigir, no sólo un *símbolo de la fe* para la ciencia, un credo incommovible de la pedagogía oficinesca, sino también una *emocionalidad* oficial, un sentimiento impuesto a manera de tópicos del corazón. Sería un hipnotismo que operaría desde las viejas aulas, y el *texto* pasaría

a ser algo así como el *libro*, en su acepción religiosa, el Testamento definitivo de la Ciencia o del Arte. Habríamos detenido la marcha evolutiva de la ciencia, parecida al ondular de un río, con el *ne varietur* de un Catecismo laico, dictado por las Academias burocráticas, impuesto como la fórmula ortodoxa de un Concilio. Nunca la manía centralizadora ha podido inventar más honda tiranía espiritual; verdadero lecho de Procusto. Nuestros filisteos imaginan la enseñanza al modo de un mecanismo, especie de bomba impelente que llena a compás los cráneos como receptáculos, a una misma hora, con el mismo líquido, en todos los establecimientos escolares de España.

«—Mejor sería un fonógrafo» —me decía un profesor de la Sorbona, a quien hablé de ese maravilloso invento del texto único, pobre reflejo del simplicismo de los indoctos. El texto único, y aun el programa único, matarían aquella fecunda diversidad de que se forma precisamente la tradición científica de un país, coro de voces diversas acordadas en una resultante superior, nacidas de los impulsos misteriosos de la raza, pero excitadas y sostenidas por la noble rivalidad de las escuelas. Imaginad la imposición de un texto positivista a un profesor idealista, o viceversa, y decidme si eso no sería una verdadera tortura dantesca. De mí sé decir que, en un caso parecido, consagraria mis explicaciones a demoler sin piedad el texto oficial para defender contra esa intrusión mi criterio. Entiéndase bien: no para imponerlo con la rígida amenaza del catedrático, sino con el arma leal del dialéctico. Cuando una impetuosa oficiosidad del señor Maura quiso imponer ministerialmente nada menos que la Gramática de la Academia Española, pudo apreciarse el horror pedagógico de toda ingerencia oficial en la libertad de las aulas. La tiranía del pluscamperfecto, como suele decir D. Miguel de Unamuno.

*

Si es pésimo el efecto que produciría el texto único en la cultura nacional, no lo es menos el que produciría como depresión para el decoro del profesor. Desaparecería todo ma-

gisterio que no fuese el de esa nueva dictadura pedagógica. El profesor sería un repetidor, un siervo de la autoridad intelectual erigida por decreto. Sobre él imperaría un dogmatismo odioso, la exaltación del libro como fórmula única de la verdad, helada o fosilizada en el *literalismo* del texto, contra la inquietud alada del espíritu.

Esa superstición del libro, tan común en nuestras costumbres pedagógicas, podría llamarse *bibliolatría*. Precisamente, la función del profesor tiene por fin contrapesar la influencia deprimente del libro. El libro es ciencia estancada, detenida en la última página. El profesor debe ser ciencia en marcha, volando en la improvisación de la palabra libre, en la mutua fecundación del diálogo con los alumnos, continuándose cada día en la explicación y el comentario. En cierto modo entre el libro y la revista hay una diferencia semejante. El libro es ya un recinto, aunque pueda llegar a ser un templo. La conferencia y la revista viven todavía en el espacio sin fin, abierto a lo indefinido y aun a lo infinito. El libro, como tal, es un estanque. La palabra viva del profesor una cascada que, allá, lejos, mueve los telares e ilumina los pueblos.

Así como hubo un libre examen contra el dogmatismo religioso, así debe haberlo contra el dogmatismo científico y la intrusión oficial. La Escuela, en el sentido genérico de la palabra, debe ser la sede de una Reforma continua, una revisión o Protesta incesante. El profesor incapaz de reaccionar cada día contra la imposición ajena y aun contra el prejuicio de sus mismas ideas de ayer, no es digno de ser profesor. La categoría del verdadero profesor se mide por lo que le distingue de los demás.

Prescindo ahora de otro aspecto vulgar de la cuestión referente al libro de texto, o sea del abuso pecuniario que los profesores poco escrupulosos cometen con sus libros. En ese punto, admito la intervención oficial, sea con la tasa, sea con las disposiciones punitivas.

Apelemos a *los libros* contra *el libro*. La ciencia no es una, sino múltiple. Así como el catedrático debería ser nombrado en virtud de su misma vida espiritual, que es ya una verdadera oposición pública permanente, bien superior a los reglamentarios ejercicios de oposición ante tribunales, muchas veces indoctos o corruptibles, así también ha de ser hombre de *libros*, y no de *libro*. Libros para el público, no ya sólo para los escolares. Libros que luchen entre sí, para que la vida surja de su choque.

Una clase, en términos de enseñanza, es algo así como una periódica

conferencia ante el pueblo, y debe estar abierta a los aires de la plaza ciudadana. Contra el *texto*, sarcófago de la trasnochada ciencia oficial (o mejor, del oficialismo pseudocientífico), invoquemos la repetida y continuada revisión de valores. No sólo debemos renovar el viejo intelecto para juzgar esos valores, sino también crear una nueva sensibilidad para percibirlos. Sucesivas generaciones se han formado bajo la incubación material de innumerables *mitos* científicos y literarios. Lo que se llama abusivamente los *modelos*, los *clásicos*, viejos *textos únicos*, ha influido sobre las sucesivas Españas a través de una interpretación fija, como la de la Escritura para los católicos.

De esa pedagogía de *modelo* y *texto* han salido generaciones mucho más aptas para la imitación o la continuación que para la creación o la iniciativa.

El texto ha sido un *mínimum* de ciencia, una dosis medicinal, aceptada a regañadientes como pago anticipado del título, pero no como alimento viril del espíritu, punto de partida del vuelo personal. El *magister dixit*, o sea la servidumbre del *texto*, ajeno o propio, aceptada por el profesor como norma única, fomentaría esa plaga de los típicos *sobresalientes*, calificativo que en su concepto pedagógico no dista mucho de su concepto tauromáquico. Sobresaliente, esto es, sustituto, reserva, subordinado. Discípulo *aplicado* ha querido decir adolescente solícito en su *adaptación* al libro y a la explicación consiguiente; el que se *aplica*, como un líquido, a la forma del recipiente. O mejor, recipiente pronto a contener; pero no substancia digna de ser recibida...

Ese fomento de la concepción a expensas de la inventiva es una feminización del alma. Los *empollos*, producto esencial y femenino del *texto* oficial, convierten el cerebro en matriz, órgano receptor de gérmenes ajenos. Muy opuesto tipo intelectual son aquellos cuyo cerebro es masculino, órgano de *genialidad*, que *engendra*, y no ya se limita a concebir. Los cerebros-matrices son ineptos para la rebelión contra la vieja ciencia, incapaces de fecundarla nuevamente. Han llenado del vino ajeno su copa interior, y son incapaces del supremo talento de ser necios ante las cosas, para que las cosas les comuniquen su verdad, y ellos, a su vez, las fecundan con su fantasía.

GABRIEL ALOMAR

(La Libertad, Madrid).

La instrucción superior es el manantial abundante de donde se alimenta la educación popular

=Dedica el Editor de REPERTORIO AMERICANO la reproducción de este párrafo a los amigos que en Costa Rica tiene la empresa de levantar de nuevo la Universidad.=

Esta clase¹ monopolizaba todas las fuentes de instrucción y en ésta se despertó temprano la afición a los viajes, que había de servirle de fermento. «Los habaneros,—dijo el Barón de Humboldt, que visitó nuestra Isla al comenzar el pasado siglo,—fueron los primeros de los ricos habitantes de las colonias españolas, que visitaron a España, Francia e Italia». El sabio viajero no ocultaba la sorpresa que hubo de causarle la cultura de la buena sociedad de la capital y el interés que demostraba por los asuntos extranjeros.

De esa clase rica e ilustrada salieron hombres tan notables en letras y ciencias como Caballero, Romay, O'Gaban, Calvo y Varela, que realizaron toda su preparación mental en Cuba, y fueron los precursores del brillante período que comenzó a oscurecerse, cuando se iniciaron las revueltas políticas de mediados del siglo anterior.

En efecto, en toda la primera mitad de esa centuria, si se atiende sólo a la clase superior, el estado de la instrucción en nuestra Isla podía sufrir, sin desdoro, el cotejo con sociedades mucho más antiguas y adelantadas. Guardando la debida proporción, Arango, Saco, Heredia, la Luz, del Monte, fueron hombres de la mayor eminencia intelectual; y su influjo en nuestro país una fuerza social bien dirigida y fecunda.

Hombres de espíritu tan generoso, como grande era su cultura, propendían por todos los medios a esparcir en torno suyo los conocimientos más útiles y todos los elementos de la más sana civilización. Demostrando, con su ejemplo, la ley social que establece que la instrucción superior es el manantial abundante de donde se alimenta la educación popular, trataron de impulsar y transformar la educación de la juventud cubana, Y si su noble empeño sólo dió resultados en lo concerniente a la instrucción de las familias acomodadas, la causa dependía de la organización política y social de la colonia y de la gran transformación económica que se iba verificando en lo más hondo de nuestra sociedad.

ENRIQUE JOSÉ VARONA

(Del folleto *La Instrucción Pública en Cuba*. Habana, 1901).

1.—Los criollos ricos.

Crepuscular

Afectuosamente a ALICIA FERNÁNDEZ S., dulce y sutil.

EN el ambiente rural, flota un perfume de paz. La tarde es una moza campesina, que lleva ornada la cabeza de sangrientas amapolas y crisantemos amarillos. Aquella montaña enjaya su altiva cabeza con diadema de amatistas. Las ramas se mecen, vagas, y el sol les va poniendo una luz mortecina sobre el verde oscuro y sobre el verde vivo, cual ribete de oro, en la capa esmeralda de un torero. Allí, el puente blanquea en la compañía fraternal del poético sauce. Dilata el camino su franja grisácea; sobre él, viene el eco de voces toscas, masculinas y pasa vibrando, como nota luminosa, la risa fresca de alguna aldeana joven.

De la yerba surge una música de élitros y se prende en el manto de la noche, que comienza. Mis ojos se llenan de sombra y mi cuerpo es débil silueta, bajo el anochecer.

CLARA DIANA

Costa Rica,
Marzo de 1926.

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

F. Crommelynck: <i>El estupendo cornudo</i>	¢ 2.50
F. Graebner: <i>El mundo del hombre primitivo</i>	3.25
A. Mosser: <i>La filosofía actual</i>	4.50
Jiménez, Juan Ramón: <i>Obra definitiva</i> (8 cuadernos)	6.00
L. Moritz Hartmann: <i>La decadencia del mundo antiguo</i>	3.00
B. Croce: <i>España en la vida italiana durante el Renacimiento</i>	3.50
E. Renán: <i>Páginas Escogidas</i> (2 folletos)	2.00
Eugenio D'Ors: <i>Aprendizaje y heroísmo</i>	1.00
Leopardi: <i>Parini</i>	1.00
R. Tagore: <i>Ejemplos</i>	1.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerdard: <i>Tú y yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta)	6.00
E. Díez Canedo: <i>Sala de retratos</i>	1.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms., pasta)	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.00
Eurípides: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Esquilo: <i>Tragedias</i> (1 tomo pasta)	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.00
Omar Kheyyám: <i>Rubayát</i> . (Trad. directa de V. García Calderón)	1.00
<i>Savitri</i> , episodio del <i>Mahabhárita</i>	1.00
Equivalencia: ¢ 4 = \$ 1. oro am.	

Noticia de Libros

1. Prosa

=ENRIQUE MOLINA: *Por los valores espirituales*. Santiago de Chile, 1925.=

ESTE libro del señor Enrique Molina consta de conferencias y discursos. Hay en él interesantes opiniones acerca de la participación que deben tener los estudiantes en los problemas sociales. El señor Molina, que ha viajado por los Estados Unidos, opina que nos faltan actividades exteriores en nuestras universidades. A él le gustaría que tuviésemos estadios, campos de juegos, gimnasios y «ocho, diez, doce o quince canchas de tenis». Todo esto está muy bien, pero como mi opinión es radicalmente opuesta a la del señor Molina, me voy a permitir manifestarle que los tales estadios, gimnasios, etc. están dando resultados lamentables en las universidades yanquis. Porque el foot ball y las otras máquinas de movimiento (o de imbecilidad) están haciendo de ciertos planteles de educación verdaderos lugares de diversión en los cuales la vida intelectual tiene importancia mínima. Ya empieza aquí en América (en las mejores universidades) cierta intranquilidad con respecto a los deportes. Para mí la universidad ideal consiste en edificios cómodos y espaciosos, alto sentido de los deberes ciudadanos y (esto es lo más importante) profesores inteligentes e idóneos. Y bien se podría meter fuego a toda la maquinaria externa.

Por los valores espirituales trae una serie de artículos que el señor Molina escribió durante la estada de Vasconcelos en Chile. La obra del discutido escritor mexicano es estudiada una vez más. El señor Molina es un fervoroso partidario de la unión hispanoamericana. Se incluyen también en esta obra los artículos dirigidos contra Lugones en la sonada polémica que bien pudiera llevar como título: *¿Ha sonado la hora de la espada?* Hay además un discurso sobre la doctrina de Monroe pronunciado por su autor en el Congreso continental de Educación celebrado en Montevideo en 1925. Naturalmente que el señor Molina, fiel a la manera de pensar de la mayor parte de los hombres cultos de América, dijo a los representantes de los Estados Unidos que la tal doctrina ya no era popular en nuestro continente. Nos habría gustado un discurso más claro, más rotundo, más atrevido. Estamos de acuerdo con las ideas del señor Molina, pero no con la manera demasiado diplomática de decir ciertas co-

sas. A los yanquis hay que hablarles recia y claramente.

Por los valores espirituales es un libro bien escrito y que revela muy buenas intenciones. El señor Molina es Rector de la Universidad de Concepción y en tal carácter trata de orientar los destinos de la juventud universitaria. Labor noble que muy pocos estiman hoy en lo que vale. Quisiéramos que el señor Molina pusiera en práctica sus buenos deseos de formar una conciencia continental fundando en su universidad una cátedra de historia hispanoamericana y otra de literatura, ramos mucho más importantes que la química y las matemáticas para nosotros.

=ARTURO CAPDEVILA: *Tierras nobles* (Viajes por España y Portugal). Buenos Aires, 1925.=

He aquí otro libro del autor de *La Sulamita*. Capdevila es el escritor más fecundo de la Argentina. Sin embargo logra mantener en sus libros cierta altura espiritual y cierto refinamiento estilístico. El libro que hoy nos ocupa es el itinerario estético del viaje que hizo Capdevila a Europa en 1924. Después de alabar las bellezas del Portugal pasa a España, admira su villa y corte, asiste a una corrida de toros, va a Toledo y naturalmente se dirige inmediatamente a la casa del Greco, Greco's House como dicen los granujas españoles, ofreciéndose como guías a los turistas norteamericanos. Capdevila anda buscando vida frágil por allá y no documentación pedantesca. El Greco le explica un Toledo (que ya había visto Barrés) muy distinto del de Los Cigarrales. Acaso tengamos que buscarlo en una feliz combinación porque tiene mucho de sombrío y fúnebre pero yo creo que otra vez podríamos vivir allí las fiestas del alegre Tirso. A propósito del Tajo me queda una duda. Yo ví en este río una corriente escasa, turbia, sucia, donde ni siquiera los patos se atreverían a nadar. Tirso de Molina y más tarde Zorrilla y Bécquer nos hablan de sus aguas cristalinas, de sus verdes riberas, de sus ninfas, etcétera. ¿Es que hay que visitar a Toledo en cierta estación del año o hace falta ser poeta romántico para ver estas cosas?

Este libro de Arturo Capdevila es de impresionismo y de meditación. En vez de llevar la guía de Baedeker se metió bajo el brazo unas obritas maestras que muy pocos conocen. Yo que estoy acostumbrado a oír las estupideces que dicen día a día los libritos escritos por maes-

tros norteamericanos, a quienes su mala estrella llevó dos o tres semanas por España, sinceramente creo que éste de Capdevila es el libro real. ¡Lástima que no nos hable de los pueblos! A nosotros que no creemos en las descripciones de Azorín nos hace falta una guía menos personal.

=JOAQUÍN MORENO: *Diario de un escribiente de legación*. Con una introducción por Genaro Estrada. México, 1925.=

El Sr. Estrada acaba de editar este interesantísimo *Diario*. Joaquín Moreno, oficial de las legaciones de México en París y Roma (1833-1836) nos dice muchas cosas de interés acerca de los Estados Unidos, México, Francia, Italia etc. de esta época. Este libro arroja mucha luz sobre la vida de Lorenzo de Zavala y sobre los preliminares de su traición. El libro está bastante mal escrito, pero su autor es tan sincero, tan ingenuo y tan franco que la obra resulta de positivo interés. El señor Estrada está publicando una serie de folletos y libros valiosísimos. Hasta hoy han aparecido *Bibliografía de Amado Nervo*, *Marcas de Fuego de las Antiguas Bibliotecas Mexicanas*, y este *Diario*.

2. Verso

=JAIME TORRES BODET: *Biombo*. México, 1925.=

Hay una gran distancia entre *Biombo* (1925) y el *Corazón Delirante* (1922). En mi prólogo al *Corazón Delirante* decía yo del lirismo de Torres Bodet: «Tengo fe en que la violencia del siglo dejará sus huellas en la vida de este poeta y en que la fiereza de nuestro continente se le meterá pecho adentro etc.» Me equivoqué. Torres Bodet se ha ido concentrando y depurando con el tiempo pero en vez de la garra de león descubro en este libro la pata flexible del gato. *Biombo* es un libro de escuela, intelectual, orientalista. Hay en él claras y nobles bellezas, figuras exquisitas, definida comprensión del momento artístico. Pero desgraciadamente se echa de ver en estas páginas que José Juan Tablada ha pasado por México con sus teorías y sus refinamientos. A pesar de que este libro es bello yo espero que sólo represente una actitud en la obra poética de Torres Bodet.

=EMILIO ORIBE: *La Colina del Pájaro Rojo*. Montevideo, 1925.=

He aquí un poeta que casi ha hecho obra total. La mayor parte de sus versos nos traen una frescura de campo, imposible de hallar en poetas

Un semanario como el *Rep. Am.* se hará en Chile

Santiago de Chile, 31 de enero de 1926.

Señor don Joaquín García Monge.

San José, Costa Rica.

Distinguido señor y amigo:

REPERTORIO, cumpliendo el cometido de su fino espíritu americano, llega a estas lejanías trayendo la voz extrema norte del alma ibero-americana, y ya es para este mundo apático un motivo de movimiento, una causal de discrepancias, porque en nuestro Chile, aún persiste la intransigencia colectiva del grupo intelectual a asimilar ideas de raza, a comprender integralmente el por qué de las múltiples actividades de los cerebros cultos de la extensa América; no sé si por desidia, por mera indiferencia hacia estas aspiraciones, mediatas en sus efectos: y en esto hay de verdad, el egoísmo del consagrado que no admite solicitudes a actividades tan lejanas de su comodidad actual. REPERTORIO, como decíale antes, sugiere, aquí en Santiago de Chile, en esta ciudad que bajo sus aspectos urbanos de ciudad moderna conserva el espíritu intransigente de la Colonia, la posible venida de un movimiento idealista que nos lleve a comulgar al ágape ibero-americano, saturando o mejor impregnando la naturaleza nuestra del sacrificio del auge personal en bien de la idea inmensa. En vuestra revista hállase el incentivo necesario a propulsar la educación bolivariana y ello provocará en justicia la patria americana, porque todo el problema radica en la educación y algo de esto precisa Lugones, cuando asevera el gobierno de los mejores y no de los frutos de la elección multitudinaria en su inmensa mayoría ciega, en el voto elector; y para cultivar a ésta, necesitase el órgano impreso, no con sólo tipos, sino con alma, con cariño a la idea que dinamiza el periódico y este es el lazo de unión que va del pensamiento editor al lector, desorientado hasta ese momento: es cuestión de psicología popular o infantil—ambas se topan en su complicada ingenuidad—. El mecano moderno, juguete del niño, tiende al conformar el gusto y a desarrollar la aptitud al trabajo fabril, a la ingeniería industrial; desde la infancia, inmiscuyéndose en el individuo sin que actúe la volición del acto conciente. En esto hallo la relación a su revista. En ella encontramos los lectores, un panorama, multicolor en la variedad de las colaboraciones y sin embargo todas unimisman sus

raíces a fin de dar como fruto óptimo, la espiritualidad americana: la convicción deviene paulatinamente sin forzar la resistencia del neófito y en ello radica, en mucho, el éxito final. Razones similares nos han convenido a publicar un suplemento a *Rodó*, que tal vez lleve como título ese de Chocano, *Alma América*, que se comportará a igual de su revista; será publicación semanal a bajo costo, para que baje al obrero indiferente y le dé pasta a masticar.

Le agradeceríamos mucho nos remitiera una lista de direcciones de hombres de este Continente y de otros, a los cuales Ud. envía su REPERTORIO, a fin de hacer igual cosa nosotros con *Rodó* y su futuro suplemento.

Confiamos nos honrará con un trabajo el próximo número de nuestra revista; aparecerá todos los meses. El de diciembre irá luego.

Lo saluda su affmo. servidor y amigo,

H. MENDOZA BAÑADOS

Casilla 1785.
Santiago de Chile.

Nosotros

Revista mensual de Letras, Arte, Historia, Filosofía y Ciencias Sociales.

Fundada el 1.º de Agosto de 1907

Directores:

ALFREDO A. BIANCHI.—ROBERTO F. GIUSTI

Secretario: EMILIO SUÁREZ CALIMANO

Dirección y Administración:

LIBERTAD N.º 543.

Suscripción anual: \$ 15.00 m/n.

Exterior. » 7.00 dólares.

BUENOS AIRES. REPÚBLICA ARGENTINA

Dr. CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta.

Horas de oficina:

10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, p. m.

Contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

urbanos. Debe ser muy joven el autor de estos poemas para poder cantar con una garganta tan clara y tan altiva. Indudablemente que ha leído a todos los modernistas y a los poetas nuevos de Francia, porque conoce todos los recursos de las escuelas novísimas. Esto le hace bien y mal. Bien porque ha evitado «la truculencia» de los poetas antiguos y se ha tornado concretador y sencillito; mal porque hay afán de culteranismo en sus versos, no del buen culteranismo necesario en todo buen poeta (la observación es de Azorín) sino de ese que entraba la expresión y la oscurece. Además, este poeta abusa del verso breve en un movimiento de creación casi inconsciente. La facilidad muchas veces se vuelve motorismo. El poema *El nido de calandrias* tiene verdadera emoción. Emilio Oribe posee un gusto artístico superior. Nunca cae en prosaísmos ni en lugares comunes.

=EMILIO ORIBE: *El halconero astral*. Segunda edición. Montevideo, 1925.=

Este libro es superior al anterior. Tiene sus bizarrías y sus noblezas. Al lado de frases de dudosa selección (el mugido horizontal de los toros) tiene aciertos maravillosos:

Mugen tan hondamente
que parecen bocinas de navíos,
al entrar en los puertos.

Su poema *Palos telefónicos* tiene todos los elementos de creación definitiva, excepto la forma, fragmentaria y poco cultivada. Y lo mismo puede decirse de casi todos sus poemas: ideas bellas y bien vistas pierden intensidad a causa de la forma demasiado fácil, incorrecta. Después de leer estos dos libros de un poeta completamente desconocido para mí, comprendo todo el abismo que existe entre los primeros modernistas y los escritores de hoy. Creo que todos poseemos el defecto siguiente: el esfuerzo concretador es demasiado intenso y la imagen se reviste de un valor absoluto que no debiera tener. *Creo* rebosa en dolor y en hambre de inmortalidad:

Creo que de mi obra no quedará nada.
Que todo morirá cuando se rompa
la caja musical de mi existencia.

Estas son voces de hombre, de cuerpo, más que de poeta. Por esta nota profundamente humana Oribe ha de triunfar. Cuando yo le pido más cultivo de la forma no lo quiero orfebre sino prudente domador de nuestra rebeldía interna.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Texas,
Austin, Texas, 1926.

Una conversación con Georges Duhamel

=El Comercio, Lima=

CUMPLIENDO un grato encargo de Alberto Ureta, el cantor de la dulce añoranza y de la vida-secreto, he visitado a Georges Duhamel para poner en sus manos el número del *Mercurio Peruano* en el cual va inserto el brillante ensayo que ha consagrado nuestro poeta a uno de los primeros escritores franceses contemporáneos. Duhamel no lee español, pero gracias al latín y a alguna intervención amistosa, ha adivinado lo esencial del artículo, «respirado su perfume».

Me halaga mucho esa actitud de simpatía y de amistad, me dice. Escribirá al generoso crítico, se interesará por su obra. Cada ciudad donde he conquistado amigos, insiste, tiene para mí una fisonomía. Sabe que alguien le sigue en ella, espera sus libros, vive en estrecha comunión espiritual con él. Lima empieza, desde hoy, a ser una capital amiga. Me ofrece el escritor enviar al cenáculo del *Mercurio* páginas inéditas del volumen que publicará en enero. Hace poco recibió una carta del lejano Perú: una señora establecida en el interior de la república, en una pequeña ciudad próxima a una empresa minera, le refería que para su marido y para ella habían sido los libros de Duhamel refugio y consuelo en esas tétricas soledades. El maestro sonrío. Llega a él de nuevo una clara voz peruana. Decimos de las jóvenes tierras de ultramar y de su esperanza.

He aquí, en forma de soliloquio, lo que fué diálogo animado, interrogación y encuesta:

—Iré a América y seguramente al Perú, pero no sé cuándo. Cada año realizo grandes viajes. Regreso ahora de Constantinopla. Estuve antes en Copenhague. Después de vivir en el tumulto, de bajar al foro, vuelvo a mi soledad, paso seis meses en el campo. Me gusta meditar en silencio, hacinar reflexiones y observaciones. He renunciado a escribir para el teatro, porque este arte demasiado exterior me obligaba a vivir con muchas gentes, a renunciar a esta vida quieta.

Conversamos en un quinto pi-



Georges Duhamel

so, en la cumbre de la montaña de Santa Genoveva, en un París recogido, estudioso, provincial, cerca de las escuelas, de donde se puede avizorar con melancolía la vana agitación de los hombres. En el ambiente del gabinete reina una grave paz. Fluyen las palabras cordiales sin premura.

Naturalmente, lo que más interesa a Duhamel es la vida de las letras francesas.

—Faltan ya muchas de las grandes figuras. Del otro lado del camino, Barrés, profesor de nacionalismo intemperante, magnífico escritor. Cuando murió Anatole France escribí que debíamos asumir responsabilidades y continuar trabajando sin desviarnos del surco ya trazado (Duhamel prefiere en France al activo socialista, al autor del libro sobre los *Tiempos mejores*). Romain Rolland ha envejecido. Dentro de poco nos congregaremos en torno a él para celebrar su ancianidad flamante, puedo decir sin paradoja: tiene sesenta años. Maeterlinck ha sufrido mucho en los últimos años. No escribe. Claudel es sólo un gran poeta. Queda Paul Valery. Gran espíritu sin duda y poeta ya ilustre. A él, como a otros, se aplica la misma interrogación. ¿Obedecen o no, estrechamente, al espíritu de su tiempo o se hallan capacitados para an-

tedecir lo que vendrá, conservan, aceptan o reforman?

—Abundan escritores de firme talento. Asistimos a una renovación espiritual. Se publican diariamente libros interesantes o importantes. De pronto se presenta un joven autor que sorprende, que tiene ínfulas de maestro. A los hombres consagrados a los que otoñan gallardamente, a mis contemporáneos, se juntan jóvenes de la última y brillante generación. En muchos de ellos se nota un apresuramiento que deploro. Suelo preguntarles cuando vienen a buscarme: ¿tenéis tanta prisa en surgir, en ganar dinero? En mi mocedad (Duhamel ha cumplido cuarenta años) nos hubiera parecido vergonzoso pensar en provechos inmediatos, publicábamos con nuestro modesto peculio volúmenes de versos. Hoy domina la réclame. El editor declara que el libro de un joven, un ensayo primigenio, supera a todo lo publicado desde el siglo de oro de las letras francesas. Se presenta y se recomienda a genios como se exalta la eficacia de un producto farmacéutico; se publica el retrato del autor, sus confidencias, se comenta su prematuro desencanto.

—En la última generación, Mauriac que progresa siempre, Montherlant en quien se mani-

fiestan tan seguros dones, Drieu La Rochelle, son ya escritores prestantes. ¿Cuál de ellos trae un mensaje?

Esta es la palabra dilecta para Duhamel. No le satisfacen sólo el ingenio y la sutileza. Necesitamos, insiste, en hora tan grave, de presagios, de verdades cardinales, de admoniciones escritas con sangre, como pedía Nietzsche.

—Casi no he escrito novelas, me explica. En veinte volúmenes, de que se compone mi obra, domina el ensayo o la poesía o un comentario apasionado o lo que podría denominarse un mensaje, advertencias penetradas de amor, visiones inquietas del porvenir.

Ayer no más, en su crítica de libros, decía M. Paul Souday en *Le Temps*, que debemos a Duhamel una creación magistral, una enseñanza de dos volúmenes: *La Vida de los Mártires y Civilización*.

—Otros escritores en Europa se presentan con un mensaje. Usted quiere a Unamuno, el gran anciano, como yo lo quiero. Aquí tengo su última carta. ¿Por qué sufre en Hendaya y se cree olvidado? Pueden traicionarle los políticos que en suma, no son gente aviesa, pero que viven en una atmósfera corrompida. Conozco a Monsieur Painlevé. Es un hombre honrado, un gran matemático. No le culpe. La ambición de un grupo le arrastra. En Francia los espíritus sanos y fuertes se apartan de la política y no leen periódicos. Nuestra prensa está enfeudada o al Poder o a la Alta Finanza. En Suecia, en Dinamarca, sí hay diarios serios e independientes.

Hablo a Duhamel del *Politiken*. Allí dió, me refiere, una conferencia. ¡Qué simpática legión de publicistas que se altivan frente a la Plutocracia!

—Seguimos con entusiasmo a don Miguel. Dígaselo Ud. Allí están otros conmitones en esta batalla por la cultura y la verdad: Wells, en Inglaterra, a quien no pongo en primer término; Mr. Keynes, el economista de Cambridge, y Mr. Bertrand Russell, el filósofo.

(Pasa a la página 170).

La Iglesia del Carmen



Oleo de AMIGHETTI

La Rosa Mística (Ciudad de Heredia. Costa Rica).

Desde La Puebla la ciudad presenta un conjunto pintoresco: La Iglesia del Carmen, las dos pesadas torres de la Parroquia, el pequeño dombo del Bautisterio, la masa roja del Fortín.

En el atardecer soleado la pequeña Iglesia del Carmen, con su torre antes gris, y sus toscos santos de piedra, resaltando con una impresionista variedad de tonos de oro y rosa, centraliza la contemplación y fija en torno suyo, subordinándolos, todos los detalles del panorama. Es esta Iglesia, la Rosa Mística de Luis Dobles Segreda, la que en este óleo ha fijado poéticamente el pincel luminoso de Francisco Amighetti.—C. L. S.

Es para mí una visión llena de encantos este viejo templo. Cuando era muy pequeña, hubiera dado lo mejor de mi vida porque se me diera el inmenso gozo de contemplar largas horas un templo; más grande, habría sido mi ilusión tener uno frente de mi ventana, para sentir la paz que hay en torno de estas construcciones solitarias y antiguas.

Para mi mente infantil el templo, más en las horas calladas de las tardes de verano, ha tenido el valor inagotable de las cosas sagradas. Entrar a un templo vacío; sentir la calma suave de sus techumbres cóncavas; el olor ya a medio extinguir del incienso después de la última ceremonia religiosa; los ecos casi apagados de las últimas plegarias de la tarde; todo eso era para mi imaginación como un milagro; me parecía que quienes habitan en las vecindades de estos templos viejos, donde a cada hora la vibración de la cam-

pana medio apagada ya, a fuerza de vibrar, despide con lamentos al hombre, a la mujer o al niño que se van, sienten que la campana se les pasa hasta el alma rogándoles que se afinen con la buena vida, que fortalezcan el espíritu con la ciencia buena del vivir en paz, para que la vieja campana les pueda cantar un salmo lleno de amor, cuando la hora les llegue.

En las noches de neblina, la iglesia vieja y enorme, forma un solo manto gris con la sombra; en las noches bañadas por la plata de la luna, surge plateada, solitaria y llena de misterio, con su alta torre que corta el azul y blanco del cielo; es cuando se ve más la belleza de la Iglesia del Carmen. En las horas tranquilas de la media noche, aparece ante mi ventana como una roca firme y majestuosa.

A uno y otro lado del templo hay algunas parcelas cultivadas a medias

por las manos torpes, a fuerza de trabajar la tierra, de un viejo sacristán; algunos jazmines, rosas pálidas y violetas, envían desde allí sus perfumes al Creador; según algunas gentes buenas, estas flores cultivadas a medias por un viejo jardinero, son sagradas, y aseguran que los aromas que exhalan suben más allá de las nubes. Se me figuran, estas flores, humildes mujeres jóvenes que han ofrendado su vida y su belleza al Dios que se adora en el templo.

El hombre busca semejanzas a sus costumbres para hacer el culto a Dios; le construye un templo; acaso el mejor templo que pueda el hombre levantar sea su vida misma, llena de pureza y de bondad; allí llevará a Dios, que es todo amor.

A los lados de la cúpula, a manera de guardianes, tiene el templo dos figuras que parecen de piedra y las gentes dicen que son las de San Pedro y San Pablo. Estas imágenes

són grotescas, pero firmes; están casi negras. Han sido estas dos figuras del Cristianismo, golpeadas por el viento de muchos años; les ha dejado allí polvo, al pasar en su carrera hacia países lejanos. Quisiera saber qué leyendas les cuenta a su paso, este viento fugitivo. Pero aunque con la huida de los años la ciudad aparece nueva casi toda, estas dos figuras permanecen solitarias y como héroes de una batalla contemplan el pasar de las edades.

Hay cerca un ciprés; fué sembrado este alto ciprés pocos años hace, pero ha llegado a la altura de la torre, y cuando las campanas desde su altura lanzan al aire sus cantos

místicos, el ciprés, balanceándose, gime o canta con ellas. Hay una cruz en la punta de la torre y también se ha formado otra cruz en la punta del ciprés. Una la dejó un hombre, esencia de la humanidad, para que se contemple el divino símbolo que expresa; la otra fué creada por la naturaleza, de ramas de ciprés. La naturaleza, en su afán incansable de crear, con su obra más nueva, se levanta casi tanto como la cruz de la torre; también la nataraleza es símbolo de Dios.

Bandadas de golondrinas, zoterrés y otros pajaritos, anidan de cuando en cuando en los frisos de la iglesia; también ellos cantan al Dios que

se venera en el templo; de rato en rato, se lanzan dentro de la iglesia y salen con rapidez. También en las ramas del ciprés anidan algunos pájaros; él ofrece abrigo con gesto paternal.

De tarde en tarde, hay en ese lugar sagrado armonías suaves y dulces; arriba, libremente hay canciones de pájaros; abajo, dentro del templo, unas cuantas almas piadosas lanzan también sus cantos de plegarias al Dios que se muestra arriba, en el templo y en todas partes.

HELIA DITTEL

Heredia, 1915.

Una conversación...

(Viene de la página 168).

Elogio mucho a éste y pregunto a mi interlocutor si lee a Keyserling, si le interesa la tentativa de Papini, la obra reciente de D'Annunzio.

—Ni de ellos ni de los rusos tengo noticias directas. En cuanto a D'Annunzio, me inclino, a pesar de profundas divergencias de opinión, ante un hombre que marida las ideas y la acción, ante el héroe que abandona la alcoba amada o la orgullosa torre de marfil para combatir. En estos tiempos crepusculares, sólo escuchamos palabras que vienen del hondón de la vida.

—Desde hace años he enseñado, como tantos otros, que el desarrollo exclusivamente material, la industria y la fuerza, no constituían toda la civilización. Se avecina la crisis. En esto estriba la cultura, la verdadera grandeza, nos dicen los pueblos sometidos a nuestro imperio; pues ya veréis que también nos armamos, instalamos fábricas y entonces, realizadas las reformas, fuertes como vos-

otros, emparejados como vosotros, combatiremos vuestra fatal prepotencia y os venceremos. Tal es la actitud del Rif. El mundo va de prisa. El Japón se ha remozado en cincuenta años. El treinta por ciento de las mujeres turcas han renunciado al velo clásico: ¿puede darse más radical transmutación?

—El conflicto franco-alemán me parece de décimo orden entre los problemas actuales. El más grave, el que exige más urgente solución, es la rebelión de las razas de color. He estado en Túnez, he viajado por el Asia Menor y me parece que Europa está en peligro. Felizmente, ha empezado el movimiento por el Oriente más remoto. Cuando llegue al próximo, no habrá para nosotros salvación. El Islam no progresa tan rápidamente como lo declaran sus caudillos. Nuestra hegemonía en el norte de Africa no ha de ser derribada en una o dos décadas, podemos esperar. Pero, si estalla próximamente una gran guerra en este continente, será el fin de Europa. Si tarda,

si se posterga, viviremos un período de inquietud. De todas maneras, estamos perdidos.

Pero, ¿los Estados Unidos? interrumpo, no representan al Viejo Mundo en tierras nuevas, frente al Pacífico y a los combates futuros?

—Nos inquieta su política, trae continuas decepciones a un pueblo como el nuestro que ha sufrido y que padece. Son, podemos decirlo entre nosotros, grandes Bárbaros. Ignoran su propia función en la tierra. Se obstinan en mantenerse alejados de nosotros, acumulando dólares en arcas impuras. Ellos sufrirán el primer asalto del Asia.

—Sólo debemos confiar en nuestra propia sensatez. En vez del odio arcaico, prediquemos concierto y amor. ¿Cómo podemos fijar los caracteres de un pueblo como el germano si en su seno se juntan tantos impulsos, si ese aluvión de hombres está siempre agitado por corrientes tan diversas? A lo más, escribía yo a mi amigo, Jacques Rivière, que publicó un tratado definitivo sobre el Ale-

gos psicológicos del cangrejo. Seamos modestos y tolerantes. En mis viajes he observado que el campesino de Túnez apenas difiere del nuestro. De Lille al Norte de Bélgica, y de esa zona a las poblaciones septentrionales del Reich, observamos gradación de matices y parentesco moral. ¿Por qué separamos con aspereza lo que levemente difiere de región a región? Nos complacemos en afirmaciones incompletas que el odio explica. He dicho con frecuencia a mis amigos, refiriéndome a Heinrich Mann, a quien usted conoce, a su noble fisonomía, al espíritu de sus libros: «no podéis llamarle *Boche* sin injusticia».

La voz de Duhamel se torna grave. Nos sentinos prestos a cantar himnos de concordia universal. De la pipa que fuma el escritor se levantan lentos espirales de humo. Algo de monacal descubro en su rostro rasurado. Y vuelvo a la calle gris esa tarde de un brumoso noviembre, escondiendo en mi gabán tesoros de esperanza.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

París, noviembre de 1925.

El Consultor Bibliográfico

Director: J. C. Del Giudice

Colaboración original de los más prestigiosos escritores de la Península y de América. Extractos de los mejores libros. Noticias, vida literaria, bibliografía mensual clasificada.

100 páginas de texto cada mes por 5 pesetas al año.

Administración: Muntaner 328. Barcelona. (España).

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899

Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho:

50 varas al Norte del Banco Internacional.

Alfar

Mensuario

Director: JULIO J. CASAL

Cantón Pequeño, 23. La Coruña, España.

Revista Parlamentaria de Cuba

Publicación mensual

Política, Historia, Intereses Profesionales, Cultura General y Defensa Nacionalista

Director: JOSÉ CONANGLA

Apartado 973 - Habana, Cuba.

Suscripción anual: ... \$ 6.00 oro.

Suscríbese al REPERTORIO AMERICANO y recomiéndelo a sus amigos.

Georges Duhamel

I

GEORGES Duhamel no es hijo de la Gran Guerra; pero la Gran Guerra reveló su genio. Su solidarismo comprensivo, su sentido humano de la vida, su fe en la eficacia de un arte serio y grave, adquieren con los horrores de la devastación y de la muerte un sentido penetrante que ha de ser el nervio de toda la obra posterior del literato insigne. La *Vie des Martyrs*, *Civilization*, *Entretiens dans le tumulte*, frutos de una sensibilidad vibrante y rica, son un grito desesperado de rebeldía contra el dolor, de invocación al instinto de humanidad ahogado en las pasiones de la lucha salvaje, un llamamiento anhelante a la compasión y a la simpatía.

En Duhamel, el hombre es tan interesante como el poeta. Consagrado a los estudios científicos, se recibe muy joven de licenciado en ciencias y doctor en medicina. Poco tiempo después abandona la profesión de médico para dedicarse a las letras. En 1906—tenía entonces 22 años—fundó en compañía de Vildrac, Arcos, Doyen, Gleizes, Barzun y Marcereau, un *falansterio*, especie de congregación laica, de sociedad literario-industrial en que los socios deberían vivir, trabajar, escribir e imprimirse en común sus obras. Se instaló en Creteil y tomó el nombre de la *Abbaye* (Abadía). Ahí aprendió Duhamel el oficio de impresor y dió a la estampa, con sus propias manos, su primer volumen de poemas; *Des Legendes*. Un mismo espíritu, unas mismas aspiraciones, una misma concepción de la vida, unían a estos jóvenes artistas, entre los cuales los había poetas, músicos y pintores. De esa camaradería intelectual había de salir más tarde, no sólo una copiosa producción, sino también una nueva corriente literaria, considerada hoy como uno de los aportes más valiosos al actual movimiento de las letras francesas.

Aquella congregación laica duró dos años, hasta 1908, tiempo suficiente para crear estrechos vínculos entre sus cofrades y consolidar los postulados de una estética. Por este año comenzó a frecuentar el *falansterio* Jules Romains. A la clarividencia y modernidad de su espíritu, unía este escritor un noble afán de proselitismo. Romains publicó en la *Abbaye* una colección de poemas *La Vie Unanime*, documento inicial del unanimismo. Disuelta la Abadía de Creteil, sus poetas se vieron agrupados casi sin pensarlo al rededor de Jules Romains, y comulgando en los dogmas del unanimismo literario.

Mercur de France confía a Duhamel en 1912 su sección de crítica literaria, que sirve hasta 1914, en que movilizado en las primeras reservas, es enviado al frente en la condición de cirujano del ejército. La Guerra no interrumpió su labor literaria. En 1917, con el seudónimo de Denis Thevenin, y bajo la estricta reserva que le imponía su situación militar, enviaba al director del *Mercur* unas impresiones de su vida de campaña. Interesado en esa correspondencia, el director de la revista gestionó la remisión de nuevas crónicas. Aquellas páginas habían de ser meses más tarde un libro emocionante: la *Vie des Martyrs*. Un año después, *Civilization*, inspirado también en los motivos de la Guerra, le valía la consagración del premio GONCOURT.

II

Duhamel es un poeta y un filósofo. Pero el poeta y el filósofo se funden íntimamente en esta vigorosa personalidad. La Guerra ha sido uno de sus mejores

maestros. A ella le debe las más altas enseñanzas. Nadie ha pintado como él, con un sentido más penetrante y real, los desgarramientos de la carne. Sin embargo, no es en estas pinturas donde hay que buscar la originalidad del poeta. La *Vie des Martyrs* tiene un valor más alto. Con un poder sutil de captación que maravilla, Duhamel coge hábilmente las repercusiones más profundas del dolor de la carne en el espíritu. Sondea el alma a través de las heridas y de la sangre. La realidad que narra y describe no es sino el índice de una realidad más honda y palpitante. En lo real no es la realidad misma la que busca sino el alma del hombre, elocuente en la angustia y desesperación de su miseria. Esto es precisamente lo que destaca a Duhamel entre todos los escritores de la Guerra. Muchos pintaron el horror de las trincheras y de las batallas. Ninguno como el autor de la *Vida de los Mártires* ha salvado el abismo que separa la vida interior de la realidad sensible.

Civilization es la Vida de los Mártires y algo más. Es una sensibilidad viva, aguda, sabia de corazón y de cerebro, plenamente abierta al dolor y a la compasión. Pero es también un reproche viril al egoísmo de todos los intereses ajenos a la angustia humana. La guerra estilizada en sensaciones inéditas, el suplicio transformado en motivos de provechos intelectuales, la acción abominable de la metralla convertida en páginas de literatura dramática, son para Duhamel una desviación inconfesada de la naturaleza. Toda idea, toda actitud, todo sentimiento que no sean una condenación rotunda de la guerra, envuelven una traición inverosímil del hombre contra el hombre. Aquella profunda intuición del aislamiento espiritual, de la incapacidad de los seres para la solidaridad en el dolor, que ha de ser el nervio íntimo de toda su poesía, aparece ya aquí como el germen de una filosofía amarga, pero redentora. «A despecho de toda protesta de simpatía, el sér sufre en su carne solitariamente, y es por esto que la guerra es posible». En *Entretiens dans le tumulte* el poeta da la voz de alarma: «Es preciso evitar que nos dejemos endurecer, que lleguemos a ser indiferentes, ciegos, sordos. Para que el sacrificio tenga toda su eficacia, toda su significación, es necesario que sea amargo hasta el fin, que la copa sea vaciada hasta la hez —con la hez».

Luego rastrea el dolor sobre el aparente bienestar de la paz. Primero, a través de las multitudes—*Hombres abandonnés*,—después en el individuo—*Confesión de minuit*. La paz no ha liquidado, no podría liquidar, todos los horrores de la guerra. Una secuela de infortunios irreparables entorpecerá en adelante la vida de los hombres. Los *Hombres abandonados* son los mártires de la paz. La fatalidad los ha convertido en legión, y en la obra de Duhamel adquieren la importancia y la realidad de un personaje viviente. La necesidad de vivir les ha impuesto la ley de una conformidad que no comprenden, pero que respetan en nombre de una «mentira vital». Ni piensan por sí mismos, ni disponen de sí mismos. Son un juguete en manos de la multitud que los envuelve y los empuja. Ellos que son un poder, que están santificados por la miseria y ennoblecidos por la sangre, ahogan el impulso de sus fuerzas misteriosas en el tumulto desorbitado de un afán sin finalidad y sin provecho.

Si los *hombres abandonados* son los despojos de una pasión estéril consumida en las llamas de una locura salvaje, Salavin, el penitente de la *Confesión de Minuit*, es un despojo de su propia miseria espiritual. La tragedia de Salavin es la imposibilidad de poseerse a sí mismo. Ni su propio pensamiento obedece los frenos de su voluntad vacilante. Sus pensa-

mientos lo traicionan a cada paso como lo traicionan su deseo y su instinto. Su voluntad es impotente para impedir que las ideas bastardas levanten la losa de su probidad moral y envenenen su vida. Contra esta invasión monstruosa no puede defender ni a su madre, a quien mata en la intimidad de su conciencia, ni a su amada a quien traiciona con el pensamiento, ni a su amigo a quien engaña con la deslaltad de su deseo, ni siquiera a sí mismo, perseguido obstinadamente por la fatalidad del suicidio.

III

Se encontraría natural que el autor extrajera una conclusión pesimista de esta contemplación amarga de la vida. No es así, sin embargo. El desgraciado espectáculo de nuestra civilización en crisis es para Duhamel el síntoma de una enfermedad moral que es posible curar.

En el fondo de toda investigación sobre el dolor encuentra Duhamel una limitación del derecho de poseer. La misma vida es una posesión. Suprimid de la vida toda posibilidad de ejercitar este derecho y habréis suprimido la vida. La posesión es un bien y es la fuente o raíz de todos los bienes: es la felicidad. El dolor es la limitación o la negación de ese bien.

Toda la actividad del hombre debe encaminarse a lograr el máximo de posesión, que es el mundo: la conquista del mundo es la suprema felicidad.

Pero este objeto de la posesión no pueden ser las cosas materiales; porque las cosas materiales en realidad no son posibles; ellas nos poseen. Nuestra primera empresa, por el contrario, debe ser la de rebelarnos contra el dominio tiránico de los intereses materiales. El verdadero objeto de la posesión es el espíritu y los únicos bienes posibles son los bienes morales.

Para conquistar el mundo debemos comenzar por conquistarnos nosotros mismos, porque en nosotros mismos cobra el mundo su verdadera y única realidad. La *Possession du Monde* es en la filosofía de Duhamel el manual o prontuario de la felicidad.

El pensamiento y la voluntad, instrumentos poderosos de la naturaleza humana, permiten desarrollar dos aptitudes esenciales de la vida. Bien dirigidos pueden librarnos las llaves del mundo. El pensamiento para *descubrir*, la voluntad para *conquistar*. El hombre a menudo no utiliza o utiliza mal estos instrumentos por ignorancia o por desidia.

Al lado y aun en medio del mal que nos penetra y envuelve hay tesoros cuya existencia frecuentemente ni sospechamos siquiera. Es necesario comenzar por descubrir para ejercitar nuestra facultad de captación. Conocer para poseer.

Pero, ¿qué es ese tesoro? ¿Dónde está? ¿Cómo descubrirlo? Está en nosotros mismos. Somos nosotros mismos. Es la riqueza de nuestra vida interior; nuestra vida interior; nuestra alma y el mundo que refleja. Inclinados sobre el alma ni siquiera la vemos; cerca de nosotros, a nuestro alcance, escapa a la aprehensión de nuestras propias manos.

La posesión del mundo es la felicidad. Pero poseer es conocer. ¿Y conocer? El principio de todo conocimiento es el amor. El hombre ha dejado de poseer desde que ha dejado de amar. Los *hombres abandonados* encontraron su miseria en su propio egoísmo. Empezaron por ignorar a los otros y acabaron por ignorarse a sí mismos. La tragedia de Salavin es la de no poseer ni su propio pensamiento. «Descubrí entonces, exclama en la angustia de su desolación, que era incapaz de amar». No sólo el mundo se escurría de sus manos: él mismo era incapaz de poseerse.

En el culto del alma y de los intereses espirituales está el verdadero amor; porque sus bienes son los únicos durables; y también los únicos que repartidos entre todos los hombres pueden, sin embargo, gozarse íntegramente. Duhamel llega a predicar un cristianismo laico: «La más suave de las voces humanas ha dicho: Haced al Cielo ofrendas que no perezcan nunca. Perdón, si osamos murmurar nosotros: Haced al mundo ofrendas que no perezcan jamás!».

Dar es una forma de recibir: Sólo entregando y repartiendo nuestra riqueza interior acrecentaremos nuestro tesoro. El avaro no posee: es poseído por sus propios caudales. Es un esclavo de sí mismo y de los otros. Los bienes del espíritu pueden partirse hasta lo infinito sin dividirse jamás. «Seamos como los buscadores de oro en las arenas de los ríos». Repartamos las pepitas del precioso metal sin el temor de que las aguas disminuyan por eso nuestra propia riqueza. Mientras más demos, recibiremos más. Entremos, a través de nosotros mismos, en la vida de los otros. De los amigos; pero también de los enemigos. No hay hombre que no sea interesante, como no hay agua por trivial u oscura que sea su superficie, cuyo fondo esté inhabitado y desierto. Los grandes hombres, sobre todo, son un venero de riqueza. Ellos son la música, la poesía, el color, la línea, la armonía, la forma y el espíritu, la serenidad y la inquietud: el arte en la gama infinita de sus irradiaciones y milagros. Descendamos al fondo de la naturaleza. Sumerjámonos en ella. Pero prestémosle también nuestros propios sentimientos y nuestras propias emociones. Fraternalicemos con ella para ser creadores, y en ella removamos el fondo de las creaciones individuales. Hay en nosotros dos modos de ser creadores y artistas sin salir del corazón y de la vida: por la re-creación del pasado y por la creación del porvenir. Por el recuerdo, nuestra vida adquiere los perfiles de la eternidad, por nuestra proyección en lo futuro modelamos a nuestro albedrío la frágil arcilla del destino.

La posesión del mundo conduce naturalmente a Duhamel a su ideal de la felicidad futura: el «reinado del corazón», como la fe en el mejoramiento de los hombres conducía a Vigny al «reinado del puro espíritu». «La Guerra ha demostrado, dice, que la civilización científica, basada en la inteligencia, ha fracasado. Su reinado ha concluido en una inmensa quiebra. Por eso torna nuestro espíritu hacia los recursos del corazón. La civilización científica debe ser hoy una sirvienta, no una diosa. Reemplacémosla por la civilización moral, el reinado del corazón, única capaz de salvar la raza de los hombres de la desesperante miseria contemporánea».

IV

El conocimiento del mundo—llave de la posesión—neutraliza el dolor. Pero, ¿qué es conocer? Llegamos aquí al tramo más alto de la ideología de Duhamel. La curva que describe el pensamiento del escritor parece terminar naturalmente en la estética, acaso porque es la estética la que mejor y más íntimamente nos vincula a la naturaleza y al mundo.

En *La connaissance poetique (Les poètes et la poésie)*, Duhamel distingue dos modos de conocer el mundo: el conocimiento científico y el conocimiento poético. El conocimiento científico disuelve la unidad natural de las cosas en un número considerable de apercepciones. Observa primero, y relleva después con precisión la multiplicidad de los detalles. El conocimiento poético funde las cosas en la intuición de una visión personal, auténtica, única. El conocimiento científico es el producto de una evolución adelantada; el

conocimiento poético es la primitiva manera de captación. Mientras el conocimiento científico es susceptible de rectificaciones, el poético es perfecto desde el primer momento, total, inmutable. Cuando intentamos penetrar el misterio de los pueblos antiguos somos secundados más eficazmente en nuestras investigaciones por los poetas que por los sabios. Homero ha hecho *actos de conocimiento poético* gracias a los cuales tenemos hoy preciosas referencias de la época que vivió el aeda.

«Sobre mi mesa de trabajo alguien ha dejado un abanico. Que este objeto, el primero que percibimos, sea propuesto a nuestro conocimiento. Un sabio se aproxima. No hay por qué admirarnos si lo vemos disponer inmediatamente en torno suyo los instrumentos necesarios para el ejercicio de su función. El sabio mira el abanico, luego lo toca, después lo abre. Una vez abierto, lo cierra y lo abre nuevamente. Lo palpa, lo siente, lo frota; aplica con método y paciencia sobre él todos los sentidos que nos permiten entrar en relación con el mundo; se forma una representación cabal, susceptible de orientar sus investigaciones. Y he aquí que nota: «sector circular, rayado, superficie desenvuelta...» Pero necesita otros datos para *conocer*. No puede limitarse a los sentidos que son indecisos o impotentes, y recurre a instrumentos que pueden prolongarlos y afirmarlos. El hombre pone en juego una serie compleja de instrumentos de medida y de análisis. La longitud, el ancho, espesor de los materiales, su naturaleza química, sus aspectos, su estructura microscópica, todo será escrupulosamente notado. Tomado en consideración el uso de este objeto, el sabio descompondrá los movimientos que puede ejecutar, calculará el volumen engendrado por la revolución de la superficie, evaluará el desplazamiento del aire producido y proseguirá en todo sentido, a partir de este principio, sus observaciones y sus experiencias. Después de lo cual, provisto de un pesado y complejo documento, podría dar una minuciosa, precisa e inteligente descripción del abanico». «Admitamos que ese mismo objeto se ofrece a la contemplación de un poeta. Admitamos que el poeta penetra en la pieza. Posiblemente dirigirá una mirada a las varias cosas que hay en ella, y verá incidentalmente el abanico. Hará calor, una mujer abrirá el abanico y agitará su ala con la punta de los dedos; luego lo cerrará, después lo abrirá de nuevo. El poeta no pensará en el abanico, no *observará* ni notará nada; vivirá un instante en la pieza y respirará el aire muellemente agitado por el ala. Después el tiempo lo arrastrará a otra parte, y nada habrá hecho conocer a los demás que se ha establecido entre un alma y un objeto una relación profunda y definitiva». «Trascurrirá un período más o menos largo, acaso un mes, tal vez un año, quizá diez años. Pero un día que el poeta, impulsado por una fuerza oscura, se habrá puesto a escribir, de golpe, la imagen luminosa del abanico revivirá en un poema. Y yo que veo y que poseo actualmente ese objeto, lo *volveré a encontrar*, lo *volperé a ver* con una centelleante lucidez. Y todos los que no están aquí en este instante y que no han visto jamás el abanico, *conocerán*, leyendo este poema, *conocerán* poéticamente.

Ce blanc vol fermé que tu poses
Contre le feu d'un bracelet».

Profundo, esencial, eterno, inmutable, el conocimiento poético es más que una representación de la vida: es la vida misma, la vida misma en la plenitud de su posesión. Penetrar el conocimiento de la vida para amarla y aumentar así nuestra propia felicidad y la felicidad de los otros, he ahí el gran papel de la

poesía. Los seres mejor dotados para la misión privilegiada de captar las riquezas ocultas y poseer integralmente el mundo son los poetas, las grandes almas conductoras no sólo del ideal sino también y sobre todo, de la vida más cotidiana y práctica.

No todos los poetas, sin embargo, han entendido de la misma manera la significación de su apostolado. Duhamel clasifica a los poetas en dos órdenes, según la actitud que adoptan frente a la vida. El poeta puede adoptar una de estas dos actitudes: la aceptación o la evasión. Aceptar la vida o evadirse de ella. He ahí el dilema que el poeta tiene que plantearse y que está obligado a resolver en su obra.

El que acepta la vida y la vive íntegramente en la realidad y en sus versos es poeta siempre. La poesía adquiere para él un valor sustantivo y una significación absoluta, pues realza la miseria de la prosa cotidiana con la abnegación de su aquiescencia. «El hombre que acepta es más constantemente poeta, es más necesariamente poeta. No hace obra poética solamente en la hora única de paz que le acuerda el universo. Es poeta en todas las horas del día, porque acepta todos los objetos que le son ofrecidos desde la mañana. La verdad contenida en los libros no le impresiona demasiado; el sueño de los otros no es la semilla de su propio sueño. En cada uno de los actos de su vida sabe encontrar un tema, a cada momento de su vida sabe pedir un ritmo».

La evasión representa para Duhamel la solución elegante; la aceptación, la solución por excelencia. «El que acepta se arrodilla ante el altar y hace humildemente el acto de fe. ¿Duda, reniega? Sus gritos de rebeldía o de odio atestiguan su pasión y la grandeza de esta existencia que es necesario proseguir».

Sin embargo, es posible, y a veces bueno, evadirse en la aceptación. «Los poetas más fieles a los deberes cotidianos, han probado que es posible, sin dejar de llenar la tarea que han asumido, transfigurar el objeto próximo de su meditación hasta el punto de lograr evadirse en plena realidad. A ellos les están reservadas las más preciosas coronas, a ellos les está prometido el más glorioso destino. Han aceptado el mundo; pero he aquí que lo levantan íntegro y lo suspenden en un grande y hermoso batir de alas hasta las regiones más remotas. Y el mundo se deja suspender, porque es pesado sólo para los tímidos y para los desconfiados».

V

Toda la prosa de Duhamel es una filosofía del corazón. Sus poemas son esta misma filosofía hecha verso. *L'Homme en tête*, *Selón ma loi*, *Compagnons*, *Elégies*, señalan los momentos culminantes de una labor encaminada a buscar una solución al problema de la vida, a encontrar una verdad más alta que las verdades intelectuales, a resolver esta gran antinomia del corazón y de la lógica.

La poesía de Duhamel gira al rededor de un drama eterno del corazón humano: el conflicto entre la fuerza tenaz que nos repliega sobre nosotros mismos y la que nos atrae a los hombres y nos obliga a inmolar en aras de un poderoso sentimiento, cuya finalidad apenas presentiamos, la raigambre profunda de apetitos e impulsos que nos adhieren a la vida. El primer acto de este drama es *L'Homme en tête*. *L'Homme en tête* es la apología de la soledad. El hombre en el pleno aislamiento de su propia individualidad recoge esta enseñanza de su espíritu: que lo único que da valor a la vida es *ser* nosotros mismos. El primer pecado de los hombres fué haber dejado de *ser*, de haber diluido su propia vida en la existencia del rebaño. Pero

hay un alto interés humano en conciliar esta necesidad ineludible de permanecer fiel a sí mismo, con el amor. *Selon ma loi* nos invita a vivir en la intimidad de los otros dentro de la intimidad del propio espíritu. Es una tarea difícil. Todo corazón es impenetrable. Todo corazón que insinuamos se nos revela desde el primer momento como una cosa extraña, inaccesible. Sin embargo el trabajo será plenamente recompensado con la sola generosidad de nuestro esfuerzo. *Compagnons* es ya un salmo de esperanza y de fe. El poeta ha encontrado un sentido a este gran escenario del mundo antes desierto. Una comunión más estrecha con los hombres ha revelado al poeta que la clave de la sabiduría y del arte está en la contemplación del hombre por el hombre. La naturaleza es bella en lo que tiene de humana. Sólo puede fecundar nuestro amor aquello que es capaz de sentir como nosotros y con nosotros:

Todas estas cosas naturales, sublimes,
la vieja lucha sin tregua de los elementos,
la obstinada existencia de los reinos.
¡Qué espectáculo! Si yo los busqué siempre
fué por lo que decían de vosotros, compañeros,
porque todos me daban
la imagen de vosotros, compañeros!

(*Compagnons Ode a quelques hommes*).

En las *Elégies* culmina este lirismo tan personal del gran poeta. Duhamel se ha encontrado, y su espíritu alcanza en estos versos su cristalización definitiva.

Las *Elegías* han rebelado la posibilidad de un lirismo nuevo. Son más que la expresión de un mundo personal y egoísta, el esfuerzo por poner al alma al tono de las otras almas. Las sugerencias de esta poesía no serán ya tanto nuestros propios sentimientos sino las inquietudes de los otros hechas carne en nuestra propia carne. Un afán de comprender al hombre, de interpretar al hombre, de sentir al hombre, de gozar con él, de sufrir con él: esa es la poesía de este libro.

La felicidad no puede estar ya en el aislamiento. Tampoco puede estar en el abandono. La dicha, que para Duhamel es también la verdad, es la armoniosa fusión de los dos mundos del conocimiento: la intuición y la experiencia. Por la intuición nos encontramos a nosotros mismos; por la experiencia nos proyectamos en los otros.

No son las grandes emociones ni los momentos interesantes de la existencia, lo que solicita la atención del poeta. Es la vida cotidiana en sus detalles más simples y triviales. El poeta parece gozar sintiéndose vivir en la intimidad de las cosas sencillas y de los hombres humildes:

La casa! Percibo los ladrillos y las tejas
cuyo reir inquieta todavía al paisaje...

El piadoso sentimiento que lleva al poeta a visitar a un moribundo parece diluirse en el ambiente rojo, en pleno sol, de primavera. Un bienestar, una satisfacción indefinibles lo van ganando a pesar suyo:

La gran alameda tenía algo de grave
con el negro olor de su boj tibio.
Pero el resto del jardín estaba lleno de alegría,
y los ruidos y los gritos que ascendían
en el cielo risueño como una pupila deslumbrada
hacían vibrar hasta el confín la paz sonora.

Y el poeta se detiene un momento para meditar en esta gran incompreensión de la naturaleza, en esta horrible incapacidad para sentirse y para sentir al hombre.

Era un lugar en que cada cosa atestiguaba
una fe solitaria en su armonía.

Aun veo el pórtico en que las balaustradas tiemblan.
Y el vestibulo húmedo, de enmohecidos muebles,
y la cámara que digería ágricamente la luz
y el hombre sin dicha acurrucado ante el fuego.
Aún lo veo tornando hacia mí su faz verde.
Me habló sin voz, tan sólo con los labios.
Unos labios vehementes. Veo también su pecho,
agitado por tempestades angustiosas.

Miraba con cierto aire de torpeza,
como quien ya no siente ni vergüenza ni miedo;
y esa pobre mirada y el gesto contenido
y las palabras llenas de prudencia y zozobra
parecían traicionar multitud de infortunios.

Estaba allí a manera de una villa desierta.
Frente a mí. Su espíritu animado,
su alma viviente de hombre que va a morir
saturaba con su ronquido grave la sala taciturna
y las flores del muro y las persianas
cargadas de calor, de polvo y de vapores.

Después no supo sino llorar y lamentarse
y tomarme las manos, y luego sonreír.
Mas yo obstinadamente decidía alejarme.

Fuera nada había cesado de ser feliz y alegre.
Nada cesó de amar su destino solitario.
¡Nada! Yo mismo en mi interior he constatado

Un corazón elocuente pero imparcial,
un corazón solicitado inútilmente
como el de un juez incorruptible.

Y el gran dolor del hombre, en la estancia,
no importunaba a nadie, ni a la tímida planta
que verá siempre al borde de la ventana
florecer sobre un fondo árido y ceniciento.

(*Elégies, X*).

La *Ballade de Florentin Prunier* es un motivo de la Guerra. La grandeza estoica del soldado moribundo y del dolor callado de la madre convienen admirablemente en este cuadro con la solemnidad de la forma y la simplicidad de los trazos. Una tragedia muda, un dolor comprimido que no puede estallar porque es demasiado grande y demasiado profundo, una escena del heroísmo austero, tranquilo, cotidiano, trivial de la Gran Guerra, es la Balada de Florentino Prunier:

Ha resistido veinte largos días,
y su madre está a su lado.

Ha resistido Florentino Prunier,
porque su pobre madre no quiso que muriera.

Desde que supo ella que lo habían herido
ha venido del fondo de la vieja provincia.

Atravesó todo el país tonante,
donde hierve en el lodo el grande ejército.

Y su semblante es duro bajo la cofia rígida.
Y a nadie tiene miedo ni tiene miedo a nada.

Consigo, en una cesta, lleva doce manzanas
y en una ollita un poco de mantequilla fresca.

Durante todo el día permanece sentada
junto al lecho en que muere el pobre Florentino.

Llega siempre a la hora en que se enciende el fuego
y queda hasta la hora en que su hijo delira.

Y sale humildemente cuando le dicen: ¡Salga!
Pues van a hacer la cura del pecho destrozado.

Le basta oír los gritos agudos de dolor,
mientras espera abajo con los pies en el agua.

Vive cerca del lecho como un perro guardián.
Nadie la vió hasta ahora ni comer ni beber.

Y la grasa se pierde en la ollita que guarda,
pues su hijo Florentino ya no puede comer.

Sus dedos sarmentosos, como largas raíces
se enroscan fuertemente en las manos del hijo.

Y sus ojos contemplan obstinados
el rostro blanco en que el sudor destila.

Ve el cuello en cuyas cuerdas tendidas
el aire al pasar hace como un ruido mojado.

Todo eso ve con los ojos ardientes,
secos y duros como grietas de sílex.

Mira, mas no se queja.
Porque esa es su manera de ser madre.

El dice: «Esta tos vence ya mis fuerzas».
Y ella: «Tú sabes que yo estoy aquí».

El dice: «Pienso que me voy a ir».
Y ella: «Hijo mío, no, yo no lo quiero».

*

Ha resistido veinte largos días,
y su madre está a su lado

como un viejo nadador que va en el mar
sosteniendo sobre el agua el cuerpo de su hijo.

Pues bien, una mañana vencida por sus veinte
noches, pasadas sólo Dios sabe cómo,

dejó caer un poco la cabeza
y se durmió un instante.

Y en ese mismo instante, Florentino Prunier
quiso morir sin ruido para no despertarla.

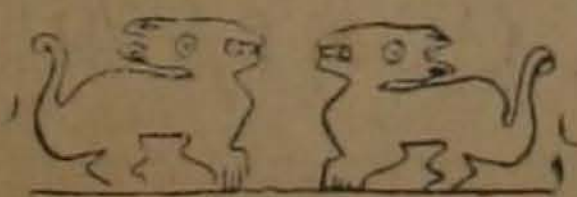
(Elegies, Quatre Ball, I).

Así es la poesía de Georges Duhamel; una poesía que habla el lenguaje de la emoción y sólo de la emoción. Su forma abandona todos los ritos convencionales de la métrica regular, todos los artificios de la retórica, y su verso adquiere la dureza jugosa, la frescura y la simplicidad de un arte primitivo¹.

ALBERTO URETA

(De *Mercurio Peruano*, Lima).

1. Duhamel ha escrito también para el teatro. Entre sus obras dramáticas podemos citar: *La Lumière*, 1911; *Dans l'ombre des Statues*, 1912; *Le Combat*, 1913; *L'Oeuvre des Athlètes*, 1920; *La-pointe et Ropiteau*, 1921; *Quand vous voudrez*, 1921.



Emilio Gutiérrez - Emelia Lovo

Ocotlán.—Enero—1926.

Pour dire notre amour que l'on ne peut pas dire.

FRANCIS JAMMES

Como recién nacida mañana, yo quisiera
ser, para que mis versos, niños de luz primera,

sean como dos ojos que miran extasiados.
Si después de las lluvias, por caminos lavados,

con esos tus dos ojos, t'alegras alma mía,
eres un ojo d'agua, ¡quién sabe! qué alegría

d'hojas verde y ciervos y pájaros t'alegra,
y se hace toda blanca tu dalmática negra.

Mis jóvenes amigos, cogidos de las manos,
pasan, como en los cuentos sencillos y lejanos.

Es hoy, una granada madura, la promesa.
Triunfa la *Vita nuova* del buen amor que besa.

Y tus caminos, Dante, por una selva oscura,
se vuelven desandados; y Doña Sin Ventura

Beatriz de la Cueva, ¡no la conocerías!
ahora qu'es dichoso remanso d'alegrías

De lo oscuro a lo claro, trasponemos, así:
¿Es esta flor de flores, aquella Noemí?

Nuevo sol, nueva luna, nuevas todas las cosas,
en estas vacaciones pintadas y olorosas.

Ojo d'emocionadas visiones pintorescas
y hasta siendo muy pobres, de milyunanochescas

riqueza, disponiendo, libremente, con una
libertad de los hijos del sol y de la luna.

Mis jóvenes amigos cogidos de la manos,
pasan, como en los cuentos sencillos y lejanos.

Cuento son ellos mismos, el mejor de los cuentos;
mas todos los embrollos pérfidos y sangrientos

del Lobo y la Madrastra, que de niño, leí;
y tus cuentos horribles, Barbey d'Aurevilly;

los trágicos de Poe, los crueles de Villiers,
ninguno de estos cuentos, ninguno, por la fe

de Cierta, cuyo nombre milagroso, no digo
Uno, a quien yo le dije, de rodillas, Amigo,

¡Bendícelos, con esas incomparables manos
qu'estuvieron clavadas, qu'estuvieron clavadas!

A. H. PALLAIS, Pbro.
León de Nicaragua.

Próximo CONVIVIO: La tercera serie de las *Páginas Escogidas* de Renán, en la fina versión de Cornelio Hispano,

Publicado:

Ensayo sobre el Destino, páginas hondas y emocionantes de Alberto Masferrer.

Precio: ₡ 1.50

LISTA DE LIBROS de autores hispanoamericanos que se venden en la Adn. del "Repertorio Americano".

Poesía

Table listing poetry books by authors like Almafuerste, Argüello, Bernal, etc. with prices in ₡.

Ficción

Table listing fiction books by authors like Alfaro, Chacón y Calvo, Fernández Guardia, etc. with prices in ₡.

Artículos y ensayos

Table listing articles and essays by authors like Brenes Mesén, Capdevila, Carbonell, etc. with prices in ₡.

Oratoria

Table listing oratory books by authors like Aramburo y Machado, Bolívar, etc. with prices in ₡.

Díaz Rodríguez, Manuel: Cuatro sermones líricos. 0.50

Viajes

Gómez Carrillo, E.: Ciudades de ensueño. 0.50

Biografía

Table listing biography books by authors like Hispano, Cornelio; Lugones, Leopoldo; Picado T., Cl., etc.

Historia

Lufriú, René: Ensayos de divulgación histórica. 3.00

Miscelanea

Barbagelata, Hugo de: Una centuria literaria (Poetas y prosistas uruguayos. 1800-1900). 7.00

Solicitudes que no vengan acompañadas del importe correspondiente, no serán atendidas. Equivalencia: ₡ 4.00 igual a \$ 1.00, oro americano. Bajo cubierta certificada o por giro postal.

Estudios

Revista bimensual de estudios sociales

Organo de la Secretaría de Educación Pública de Panamá

Director Fundador:

Doctor OCTAVIO MÉNDEZ PEREIRA

Jefe de Redacción: Licenciado MANUEL ROY

Administradores:

ALBERTO L. RODRÍGUEZ y AGUSTÍN FERRARI

Apartado de correo, N° 320, Panamá

Número suelto: un colón.

Se aceptan suscripciones en la Librería ALSINA

Revista de Oriente

Organo de la Asociación Amigos de Rusia

\$ 0.10 el ejemplar.

Subscripción anual \$ 1.00 oro.

Sarmiento 1266. Buenos Aires

LA COLOMBIANA

Francisco A. Gómez Z.

Se trasladó frente al Pasaje Jiménez local que ocupó «La Parra»

Ofrece a sus clientes y al público en general un surtido de casimires en gabardinas.

Cuenta con buenos operarios para la confección de sus trajes.

PRECIOS SIN COMPETENCIA

Lecturas selectas

Teatro clásico español que ponemos a su disposición:

Table listing classical Spanish theater works by Cervantes, J. E. Hartzenbusch, Tirso de Molina, etc. with prices in ₡.

En edición de CALPE, Madrid: "Colección Universal". Con el importe (giro postal o carta certificada), dirijase al Adr. del "Repertorio". A vuelta de correo le mandaremos lo que solicite.

Mercurio Peruano

Revista mensual de Ciencias Sociales y Letras

Director: VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE

Número suelto. Un SOL Lima, Perú.

Advertisement for Cervecería TRAUBE featuring text about beer quality, product lists (CERVEZAS, REFRESCOS), and contact information for San José - Costa Rica.